

# erotika

Vol. I

*Por Antoine Vargas*

Confesiones reales. Deseo auténtico.  
Historias para adultos.

15

historias sensuales. Una sola verdad: El deseo  
empieza donde termina el miedo.

# Disfruta la lectura...

*La mayoría de estas historias fueron inspiradas  
por personas reales.*

*Por confesiones íntimas. Por recuerdos susurrados al oído.*

*Por momentos vividos —algunos hace años, otros apenas el  
mes pasado.*

*Hoy se visten de ficción, pero su verdad permanece.*

*Porque el deseo, como las buenas historias, vive entre todos  
nosotros... y nunca miente.*

*No escribí para escandalizar. Escribí para provocar.*

*Para tocar el alma... y quizás también la piel.*

*Para mostrar que esto —sí, esto—*

*le puede pasar a cualquiera lo suficientemente valiente como  
para decir que sí.*

*Espero, querido lector, que disfrutes estas páginas tanto  
como yo disfruté recogerlas, imaginarlas y escribirlas, una  
por una, con el corazón abierto.*

*Gracias por atreverte conmigo.*

*— Antoine Vargas*

# Tabla de contenido

|                                        |     |
|----------------------------------------|-----|
| Disfruta la lectura.....               |     |
| 1. Asanas .....                        | 1   |
| 2. Primero yo .....                    | 7   |
| 3. Un rosado .....                     | 15  |
| 4. Sudor y deseo .....                 | 21  |
| 5. El Maestro .....                    | 27  |
| 6. La mariposa .....                   | 41  |
| 7. La tormenta – Parte 1 (Elena) ..... | 53  |
| 8. El regalo de mí misma .....         | 61  |
| 9. La tormenta – Parte 2 (Alex) .....  | 73  |
| 10. Joe el Taxista .....               | 81  |
| 11. Un masaje extra .....              | 89  |
| 12. Alejandra y la Apuesta .....       | 97  |
| 13. Refugio del bosque .....           | 109 |
| 14. Roomies .....                      | 117 |
| 15. El pacto .....                     | 131 |

## 5. El Maestro

— *Por Antoine Vargas*

Emma y Lambert habían tenido desde hace tiempo una relación intensa y muy unida. Sin embargo, sentían que poco a poco se instalaba una rutina insidiosa. Para remediarlo, instauraron veladas “kinky” mensuales, un terreno de juego donde el placer y el dolor se entrelazaban. Emma era curiosa y atrevida, mientras que Lambert, un hombre seguro de sí mismo y con un carisma dominante, se sorprendía a veces al disfrutar del abandono de control que esas experiencias le ofrecían. No obstante, el equilibrio era frágil, a menudo salpicado de risas nerviosas cuando la pequeña Emma intentaba imponerse a su imponente marido. A Lambert le costaba obedecer a su hermosa esposa sin estallar en carcajadas.

Su interés por el universo BDSM fue creciendo poco a poco, y una noche, Lambert, intrigado por las posibilidades, hizo preguntas en un foro en línea. La mayoría de las respuestas eran superficiales, pero un tal “Mike\_kinky81” se destacó por su seguridad y autoridad. Mike propuso guiar a la pareja en ese mundo como Maestro.

Durante una velada íntima, Lambert le confesó a Emma esta interacción. Contra todo pronóstico, ella mostró un entusiasmo apenas disimulado. —¿Por qué no probar algo distinto? —sugirió,

con una mirada que brillaba de anticipación. Tras algunos días de reflexión, Lambert volvió a contactar a Mike para un experimento virtual. Crearon un grupo de WhatsApp donde Mike daría sus órdenes a distancia.

Esta es una versión más rica y profunda de la prueba, para capturar aún más emociones y tensión en esa carrera hacia el placer:

La primera prueba fue sencilla: Emma debía ir a trabajar sin ropa interior y enviar una prueba fotográfica cuando se le ordenara. Lambert, aunque divertido, lo encontró poco original. Pero tres días después, llegó otro mensaje:

— Les ordeno que se den placer, cara a cara, sin tocarse. El primero que llegue al orgasmo le dará una buena nalgada al otro.

Esa noche, había un ambiente extraño en la habitación. Emma y Lambert se acomodaron sobre la cama, las sábanas arrugadas bajo sus cuerpos tensos. Una nerviosidad palpable flotaba entre ellos. Hacía tanto tiempo que no se entregaban a una intimidad así, ni siquiera solos, mucho menos juntos.

Emma lanzó una mirada a Lambert, que evitaba sus ojos con una sonrisa incómoda. Sus mejillas ya estaban ligeramente enrojecidas, y ella sintió una oleada de calor recorrerla. La idea de masturbarse frente a él —su propio marido— despertaba en ella una mezcla desconcertante de excitación y pudor.

De su lado, Lambert, con las manos temblorosas, se esforzaba por mantener una apariencia relajada. Lo que Emma no sabía, era que él había hecho trampa. Más temprano, refugiado en el baño, se había adelantado, pretextando una ducha rápida. La idea de perder esa competencia lo volvía loco.

— ¿Empezamos? —murmuró Emma con voz ligeramente ronca.

Lambert asintió, con una sonrisa insegura en los labios. Ella se acomodó, dejando que sus manos recorrieran lentamente su cuerpo, explorando con timidez cada centímetro. Luego, como si recordara de repente un arma secreta, abrió bruscamente el cajón de la mesita de noche. Lambert abrió los ojos como platos cuando ella sacó su pequeño vibrador rosa.

— No está prohibido, ¿verdad? —dijo ella con una sonrisa provocadora.

Lambert tragó saliva. Sabía demasiado bien lo que ese aparato podía hacer. Cada vez que Emma lo usaba, alcanzaba el clímax en un tiempo récord. Aquello echaba por tierra su plan.

A pesar de todo, no podía dejar de mirarla. Los movimientos de Emma se volvieron más seguros, más sensuales. Su respiración se aceleraba, sus gemidos se convertían en una dulce melodía que resonaba en la habitación. Lambert se dejó llevar por sus propios fantasmas, inmerso en una mezcla de imágenes de su esposa, recuerdos compartidos y sobre todo de ese nuevo juego.

Emma, por su parte, se enfocaba cada vez más en la figura de su misterioso Maestro. Sus pensamientos se perdían en esa voz autoritaria que dictaba sus gestos, ese hombre que nunca había visto, pero que ahora ocupaba un lugar inmenso en sus deseos.

La carrera estaba muy reñida. Ambos cuerpos, estremecidos, se abandonaban a sus placeres solitarios, pero fue Lambert quien, galvanizado por los gemidos de su esposa, cedió primero. La suave melodía de sus suspiros lo remató.

— Gané —dijo con tono triunfal, aunque su voz delataba el aliento entrecortado.

Emma, frustrada pero extrañamente complacida por la intensidad del momento, no tuvo más remedio que someterse. Se colocó en cuatro patas sobre la cama, con el corazón desbocado. Lambert, tomándose en serio su papel, le dio una serie de nalgadas firmes pero medidas, dejando su bonita piel tan suave marcada de un lindo tono rosado.

Cada golpe era una mezcla de dolor y placer para Emma. Mordió la almohada para sofocar sus gemidos, pero por dentro, saboreaba la humillante dulzura de su derrota.

Una vez terminada la penitencia, se acurrucaron el uno contra el otro, sus cuerpos relajados y temblorosos. Pero Emma no pudo dormir sin relatar en detalle la sesión a Mike. Sus dedos danzaban sobre la pantalla, redactando cada momento con una precisión casi poética, añadiendo incluso algunas reflexiones sobre su propia sumisión.

— Maestro, perdí esta noche. Mi esposo se me adelantó, pero fue un momento intenso y desconcertante. Espero con ansias su próxima prueba.

Presionó “enviar”, con una sonrisa satisfecha flotando en sus labios, a pesar del ardor persistente en su piel.

Para ella, esta experiencia no era solo una carrera hacia el placer. Era una inmersión en un mundo donde cada emoción —la humillación, la excitación, la competencia— se convertía en combustible para su conexión.

Pasaron varios días antes de que el Maestro se manifestara. Emma casi esperaba sus mensajes con ansias. Una mezcla de anticipación y excitación.

La semana siguiente, Mike envió una lista de “compras”: esposas, látigo, pinzas para pezones, jaula de castidad para hombre y otros accesorios exóticos. Esta solicitud provocó risas nerviosas en la pareja. Exploraron una tienda erótica cercana, pero regresaron con una selección limitada.

Cuando le informaron a Mike que faltaban varios artículos de la lista, él no lo encontró gracioso. —Es Maestro Mike —corrigió fríamente. Para castigar esta falta de compromiso, impuso una consecuencia: Lambert estaría privado de orgasmos durante dos semanas, pero tendría que satisfacer todos los deseos de Emma. Esta decisión sacudió su dinámica, pero Emma sintió un escalofrío excitante. En los días siguientes, le describía sus encuentros a Mike con una mezcla de pudor y júbilo.

Luego vino un nuevo castigo: Lambert debía atar a Emma y darle doce latigazos hasta que quedaran marcas visibles, con prueba fotográfica incluida. Esa noche, Emma, atada, sintió una mezcla de aprensión y excitación. Los primeros golpes fueron torpes, pero poco a poco, el dolor se fundió con una intensa oleada de endorfinas.

Entre latigazo y latigazo, el esposo deslizó los dedos por la vulva de su esposa para medir su excitación. Estaba empapada. Lambert esbozó una sonrisa interior y la acarició hasta llevarla cerca del orgasmo, y luego se detuvo en seco antes de darle un golpe aún más fuerte, como castigo por haberse excitado.

Finalmente, cuando Lambert envió la foto de las marcas casi moradas a Mike, Emma estaba en un estado de trance, oscilando entre alivio y deseo bruto.

Ese nuevo equilibrio transformaba su relación. Emma, inicialmente reticente, ahora esperaba los mensajes de Mike con impaciencia. Cada directiva era una prueba que empujaba sus límites y

reforzaba su vínculo. Lambert, por su parte, veía su rol de esposo y amante redefinirse, entre un poco de celos y una fascinación por la transformación de su mujer.

Pasó un mes, y la tensión estaba en su punto máximo. Emma preguntó si Mike querría conocerlos, pero él se negó con firmeza. —El misterio alimenta el juego —añadió, reforzando su aura de autoridad distante. Emma, aunque frustrada, encontró en esa respuesta una nueva fuente de fascinación. Ese rechazo, cargado de control absoluto, le provocó una excitación que no comprendía del todo.

Mike, mientras tanto, se instalaba poco a poco como una figura omnipresente en su intimidad. Esta vez, fue Lambert quien sufrió una prueba humillante. Descubrió lo cruel de un orgasmo arruinado, su propia esposa, bajo las órdenes de Mike, reduciéndolo a un estado de absoluta vulnerabilidad, al colocarlo en cuatro patas sobre la mesa de la cocina.

Ella había recibido la orden de extraer toda la semilla de su marido en un pequeño recipiente, asegurándose de detener toda estimulación justo antes del clímax. Masturbó a Lambert con toda la sensualidad y amor que sentía por su amado. Luego, hizo un movimiento de más que desencadenó una serie de espasmos incontrolables.

Como no había eyaculado en mucho tiempo, Lambert no tardó en derramarse en el pequeño recipiente, el líquido fue muy abundante y Emma envió la foto a Mike describiendo lo sucedido. Se sentía poderosa y adoraba satisfacer a su Maestro a costa de su esposo.

Las semanas pasaban, y cada nueva directiva empujaba los límites. Una tensión sexual constante habitaba su día a día, mezcla embriagadora de temor y excitación. A veces, se trataba

de pequeños desafíos, pero otras veces, las pruebas los obligaban a reevaluar sus propios deseos y resistencias.

Emma adoraba esos relatos. Las noches en que enviaba mensajes detallados a Mike, se sentía electrificada. Describía con deleite los momentos en que había dominado a Lambert, su placer al verlo someterse crecía con cada nueva orden ejecutada. Sus descripciones estaban impregnadas de una mezcla de orgullo y provocación, que solo reservaba para Mike. Su imaginación se encendía. ¿Cómo sería ese hombre que orquestaba sus juegos?

Lo mismo ocurría con las numerosas veces en que ella misma debía someterse. Cada recuerdo de sumisión creaba un calor entre sus muslos al pensar que obedecía a su Maestro. Sí, en la práctica era Lambert quien aplicaba los castigos, pero no pensaba más que en Mike cuando sufría o cuando debía ejecutar órdenes, como aquella vez que tuvo que hacerle una mamada a su esposo en el baño de un restaurante, arriesgándose a ser descubierta.

Se imaginaba tomando el miembro de Mike, al que idealizaba, fantaseando con su tamaño, su dureza, su olor. Su excitación sexual alcanzaba su punto máximo.

Una noche, se atrevió a pedir una foto. La respuesta fue inmediata y tajante. —Mi curiosidad no necesita ser alimentada —escribió Mike, antes de añadir: —Si insistes, aprenderás por las malas que la sumisión no es unidireccional. Emma se estremeció al leer esas palabras. El recuerdo del látigo, aún vívido, la hizo tragarse cualquier otra pregunta.

Por su parte, Lambert se volvía más silencioso. Su entusiasmo inicial se desvanecía poco a poco, dejando lugar a una actitud enigmática. Seguía participando, pero rara vez hablaba de lo que sentía. Ante cada orden de Mike, obedecía sin quejarse, pero Emma no podía evitar notar algo extraño en su mirada. ¿Era